

El barrio de Constitución

Por JUAN JOSÉ SEBRELI

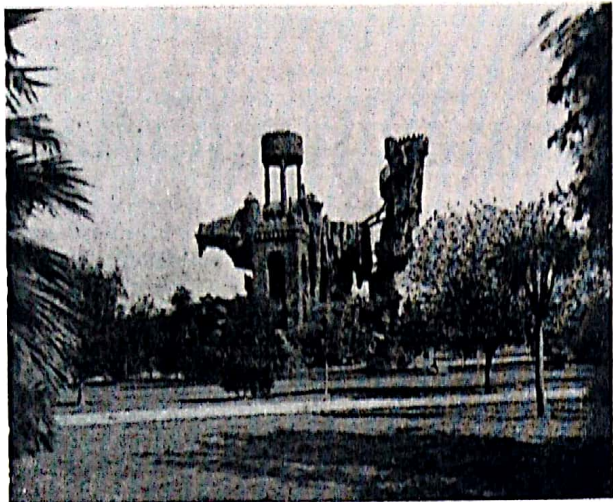
Constitución es un barrio ambiguo donde se mezcla la clase media con el proletariado y aún con el lumpen. De la calle Brasil hacia el Norte tiene la tristeza gris de las fachadas pequñoburguesas. Alrededor de la plaza pueden encontrarse todavía algunas mansiones con mansardes, construidas a comienzos de siglo por estancieros del sur de la provincia.

La sombreada avenida Caseros con sus *petit-hotels* de la década del veinte, es la avenida Alvear de Constitución desembocando en el parque Lezama con sus caminos serpenteantes, sus fuentes barrocas y sus jarrones de mampostería que evocan un pasado de quinta oligárquica de la *belle époque*.

Contrastando con esta exquisita decadencia, la estación Constitución es un resumidero de los pueblos más oscuros, de las viviendas de obreros, de los terreritos comprados a plazos. El ambiente característico de la estación se esparce por la plaza contigua, en cuyos bancos se reunían hasta hace poco, vagabundos, prostitutas y borrachos; en el viejo mercado donde por las mañanas, las prostitutas se mezclan con las amas de casa que hacen sus compras. Frente a la estación, Lima, calle bullente de fondas, hotelitos mugrientos para obreros sin hogar, colonos en descanso, empleados rurales de licencia, fondines con frescos descascarados en las paredes, bazares de baratijas, casas de remates permanentes.



VERSION ANTIGUA DEL PARQUE LEZAMA



GRUTA DE CONSTITUCION, HOY DESAPARECIDA

A la vuelta de la estación, entre Pedro Echagüe y 15 de Noviembre, hay un callejón amarillento que hace pensar en el Londres de la infancia de Chaplín. Siguiendo por el empedrado de Pedro Echagüe hacia Entre Ríos se abre un horizonte de cielo cercano, dominante, cayendo sobre las terrazas abiertas de una perspectiva uniforme de viejas casas de bajos. Ese cielo muy cerca de la calle, realza los distintos matices de la luz, el resplandor silencioso de las siestas, el melancólico celaje lila del crepúsculo o el misterioso claroscuro de la noche.

Cruzando los puentes de la estación, desde cuyos hierros se divisa entre humo negro y chispas ardientes, un cementerio de locomotoras viejas detenidas en vías muertas, comienza una de las zonas de mayor carácter de la ciudad. Una perspectiva de calles en declive, con interminables paredones de ladrillos por donde se asoman plantas silvestres, chimeneas y un tren aéreo que pasa por encima de las casas.

En ese barrio nació Leopoldo Torres Ríos y lo mostró en los mejores momentos de sus filmes. Desiertas, salvo a la hora de salida de las fábricas, esas calles tienen el misterio teatral de un escenario vacío, un paisaje mineral, planetario, que tan bien captan los mejores cuadros de Horacio March.

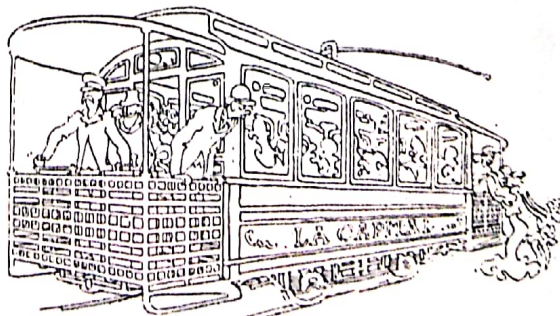
Un paseo por Constitución, con su olor peculiar a paredes viejas es una vuelta al pasado, el barrio conserva hoy casi todas las características de otras épocas; sólo la gente ha cambiado y los coches. El barrio era en otros tiempos el rumor de vidrios rotos y el color verde del tranvía Lacroze, el violeta oscuro de los inmensos tranvías de la provincia con sus dobles pares de ruedas, o el amarillo del 24 que iba al Centro, tranvías fantasmas arrastrados por innumerables recorridos que ya nadie volverá a hacer. Hay en el barrio un clima de decadencia, porque la clase media que nació y vivió allí se muda al Norte, siguiendo con retraso de años, la corriente emigratoria de las clases altas. Las viejas casonas donde vivieron los padres y nacieron quienes ahora viven, probablemente, en una propiedad horizontal de Palermo, se convierten en hoteles y pensiones baratas, donde se alojan "cabecitas negras" o mujeres de profesiones dudosas. Una estadística de 1964, informa que en Constitución hay 250 hoteles de los cuales 16 son "por hora". Esta seccional provee además el 80 % de las pensionistas al Asilo San Miguel.

En sus orígenes este barrio fue, junto con Balvanera,

la cuna de la incipiente clase media. Era un barrio que se bastaba a sí mismo, donde las amistades y las relaciones sentimentales se iniciaban en las veredas, en el balcón y en el zaguán. Los inmigrantes habitaban el barrio recién formado, a fines de siglo, cuando todavía el Oeste era campo. Campesinos españoles e italianos, inmigrantes de tercera clase, venían a habitar esas casitas construidas por otros inmigrantes que copiaban pobremente los oropeles de la arquitectura de las viejas ciudades europeas, fachadas con arcos renacentistas, balcón y puerta de calle con llamador de bronce, zaguán, habitaciones corridas a la manera pompeyana, patios de ladrillos rojos, y un fondo con parra, a cuya sombra se tomaba mate en los atardeceres.

En esas casas nacía una nueva generación de argentinos, indisolublemente unida a la aparición de un fenómeno crucial en la vida argentina: el calidoscopio social formaba una nueva figura y surgía la clase media urbana. Los hijos de esos inmigrantes ya no serán obreros o artesanos, sino empleados de oficina, de comercio, maestras, algunos pasarán a ocupar los primeros puestos de la incipiente administración pública. Ya no se sentirán proletarios, rechazarán el anarquismo, y por otra parte el socialismo justista será demasiado intelectual para ellos. Un nuevo movimiento político surgirá para expresarlos: el yrigoyenismo.

Constitución era hace cuarenta años un barrio definitivamente político: era un barrio radical por su composición de clase y por una circunstancia casual: en Brasil y Bernardo de Irigoyen, en una modesta casa de un piso, vivía el propio Yrigoyen. Enfrente, donde ahora hay una sucursal de una conocida sastretería, estaba el salón de lustrar y agencia de loterías de Vicente Scarlatto, ex lustrabotas y confidente de Yrigoyen. En los fondos del negocio, los punteros radicales, los simpatizantes y los guardaespaldas de Yrigoyen, matones a sueldo de la vieja política criolla, jugaban a la taba y a los naipes. En 1930 la cueva de Yrigoyen y la guarida de Scarlatto había sido saqueadas, y los radicales del barrio permanecieron encerrados en sus casas. Desde entonces, Constitución ya no conocería caudillos locales. La ciudad y el barrio entraban en una nueva faz.



ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO, DEL LIBRO MUCHACHO DE SAN TELMO, DEL VIZCONDE DE LASCANO TEGUI